

DOCUMENTOS

# Homilía Pronunciada en el Tedéum De Valparaíso el 18 de Septiembre Por el Arzobispo Don Emilio Tagle

Venimos en este Día de la Patria a elevar nuestras almas hacia Dios.

Vuela la mente a aquél 18 de septiembre en que Chile, llegado a su mayor edad, constituía su Primera Junta de Gobierno para surgir como nación libre y soberana.

Al contemplar su historia, debemos expresar nuestra gratitud y alabanza al Señor.

"Te Deum laudamus".

"A Ti, Señor, te alabamos".

"A Ti te damos gracias, te reconocemos como Señor".

En este suelo que El nos diera, con la riqueza de sus montañas, sus campos y sus mares, el pueblo nuestro, que es la riqueza mayor, guiado por sabios gobernantes y el apoyo de sus hombres de armas, acometió la tarea de construir la Patria.

No es mi propósito analizar su historia.

Todos sabemos el sitio que alcanzara: el progreso y el respeto en la paz, sus gestas invencibles en la guerra.

Los cambios operados en el mundo, años atrás, creaban graves problemas sociales que, dando origen a muchedumbres de proletarios reducidos a las más pobres condiciones de vida, repercutieron entre nosotros.

El olvido de Dios y de su ley de justicia y de amor fraterno, el egoísmo, la relajación de valores morales, acentuaron grandes desigualdades sociales.

La Iglesia, desde aquél tiempo, en especial a través de sus encíclicas, levantó su voz en defensa de la justicia, el amor y la verdad, sin ser suficientemente escuchada.

Aparecieron entonces falsos profetas. Con ideologías extranjeras, ajenas a la verdad, deformaron la mente, y actitudes ajenas al amor, sembraban el odio y la división.

Ofreciendo engañosas soluciones, usaban todos los medios para asegurar su dominación.

Encandilado por el marxismo, Chile sucumbía.

Pero, la mano del Señor no lo abandonó.

Pudo reflexionar ante el peligro y, sacando todas sus energías vitales, fue capaz de levantarse.

Acogiendo su voz, en gesta histórica, sus hombres de armas, fieles al juramento de defender la Patria, lo salvaron de caer para siempre en el abismo. Por eso, al recordarlo, el sol del 18 de septiembre brilla hoy con nuevo resplandor.

La Independencia no es sólo un acontecimiento de ayer: es una lección permanente que ha cobrado nueva vida y realidad.

Chile, rechazando altivo toda dominación extranjera, ha reafirmado su soberanía hoy.

Por eso, renovando nuestro reconocimiento a las FF. AA., acudimos a dar gracias al Señor.

Pero, junto con darle las gracias, debemos invocar su protección.

Chile renace animoso para afrontar su renovación.

Quiere crecer y desarrollarse: renovarse en plenitud.

Debilitado por el ayer, lo aguarda una mañana de esperanza.

Ese Chile grande, que todos necesitamos y queremos, entre todos lo debemos construir.

Si nos anima el mismo amor patrio, si somos capaces de unirnos en el alma, seremos capaces de hacerlo realidad.

Circula en nuestras venas la misma sangre generosa de los hombres que forjaron su grandeza y, ante su ejemplo, no podemos ser y hacer menos que lo que ellos fueron e hicieron ayer.

Sentimos que late vigoroso ese amor en nuestro pecho con el dinamismo poderoso para ir forjando el Chile grande de hoy y del futuro.

De su vida, en todos sus niveles, debemos participar todos los chilenos: tenemos recursos materiales capaces de alimentar no sólo a la población actual sino a la que necesitamos mañana, que debe ser mucho mayor.

No hay que disminuir el número de comensales a la mesa, porque es capaz de dar a todos de comer.

Los bienes de la tierra deben producirse en abundancia y distribuirse en justicia, sin privilegios ni marginación de nadie.

Hay que superar las grandes desigualdades que se arrastran desde tiempo y, con una atención preferente al pobre, porque más lo necesita, crear condiciones de vida que eliminen la injusticia y la miseria.

Nadie puede acumular la riqueza cuando hay tantos a quienes les falta tanto.

La renovación exige que todos participen de los medios económicos, intelectuales y morales para que cada uno pueda cumplir su destino y se realice así el plan de Dios.

El hombre posee un destino eterno.

"En Cristo están fundamentadas todas las cosas del cielo y de la tierra" (Ef. I, 10). "El es el Camino, la Verdad y la Vida". (Juan XIII, 5). "La luz de todos los pueblos de la tierra". (Luc. II, 30).

El nos da su palabra, su amor y su ley que, más allá del horizonte temporal, nos señala ese destino.

Por eso, el espíritu cristiano debe animar la vida de la sociedad.

Ante ideologías extranjeras, que niegan a Dios y los valores del espíritu, tenemos que construir la Patria en la verdad de las grandes tradiciones y valores nacionales y en las grandes realidades y valores de la fe.

Ante el odio y la división, en la colaboración de todos los chilenos, compartiendo sacrificios, unidos en amor.

Si amamos de verdad, alejaremos toda actitud contra el hermano; buscaremos sólo su bien.

"El amor no es indiferencia entre el bien y el mal". (G.S. 28).

Es efecto y luz que lleva a la verdad. Por eso dice el apóstol: "En el amor practica la verdad".

El amor nos lleva a la reconciliación que requiere, de una parte, el reconocimiento sincero del mal, y de otra, la voluntad de otorgar perdón.

Ante el olvido de la Ley de Dios, hemos de convertirnos de corazón, reconciliarnos con El.

Practicar la justicia en la observancia de sus mandamientos, el respeto a los derechos de toda persona, el respeto a la autoridad que guarda el bien común.

Por eso dice el Concilio: "El orden social hay que fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia y vivificarlo por el amor. Encuentra su equilibrio en la libertad" (G.S. 26), "que puede limitarse temporalmente cuando así lo exige el bien común" (G.S. 75).

Esta tarea de animar de espíritu cristiano el orden temporal, toca a la Iglesia, "que consolida la comunidad humana según la ley divina". (G.S. 42).

"Iglesia y Estado —agrega el Concilio— son independientes y autónomos en su propio terreno, sin embargo, ambos, por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este se realizará con mayor eficacia, para bien de todos, teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar cuanto más sana y mejor sea su cooperación entre ellos". (G.S. 76).

En esta hora que vive Chile, necesitamos poner en acción todo su potencial de bien y conjugar en clara armonía los valores humanos con los valores de la fe.

Por eso, en este día de la Patria, con vivo reconocimiento como Obispo y como chileno, cumplo con el deber de reiterar al Gobierno la más sincera cooperación en los grandes ideales que lo inspiran.

Señores: para que los anhelos que llevamos en el alma puedan hacerse realidad, invoquemos fervientes, por medio de María, la protección del Señor.

La invoco sobre el Excmo. Señor Jefe de Estado, la Honorable Junta y todos los hombres de Gobierno, que con tanto patriotismo conducen la Nación.

Sobre las FF. AA., que constituyen su defensa y su baluarte.

La invoco sobre la juventud que tiene en su mano el futuro de la Patria y es la Patria del mañana.

La invoco sobre los que están afligidos y se sienten más abandonados.

La invoco sobre todos los hombres y mujeres de esta tierra para que nos sintamos cada día más hermanos en la paz de la Patria grande que debemos construir.

Y para ello, como los primeros patriotas, acudamos a María del Carmelo, que nos ampara y nos acoge como lo hiciera para siempre en los campos de Maipú.

Entonemos con Ella el canto de agradecimiento y alabanza sin igual: "Mi alma glorifica al Señor".

EMILIO TAGLE COVARRUBIAS, Arzobispo-Obispo de Valparaíso.